OCT 8 1943
DEPÓSITO LEGAL

GRAN CAMPAÑA EDITORIAL DE "MULTITUD" TRIUNFO EN EL GOBIERNO
ACUÑACION Y MERCADO LIBRE DEL ORO

MULTITUD

POR LA LIBERTAD DE VICTORIO CODOVILLA

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

Capacidad de producción de Chile

Nos hemos propuesto dramatizar el problema económico de la República, a fin de que se intuya y se comprenda que él es el origen y la raíz de la tragedia social de Chile, del hambre y la Quinta Columna.

Y se le estudie, para que se le remedie.

Pero, como no queremos que se desvirtúen y se equivoquen, intencionalmente las cosas, reafirmaremos aquí nuestros categóricos puntos de vista: 1.o, **el país fué y es explotado, en su tierra y en su pueblo por una casta ciega, tenaz y feroz de encomenderos y latifundistas reaccionarios, los Grandes Duques, de la Oligarquía, y ellos, únicamente ellos, son los responsables de la miseria chilena; 2.o, en este instante hay que "industrializar el capital nacional, controlado por el Estado", con el objeto de evitar la anarquía capitalista bancario-financiero-especulativa y los intermediarios, según lo dijimos en "Producir", editorial del N.o 48 de "MULTITUD", categóricamente; y 3.o, lo primordial es liquidar la conspiración económica del pro-nacifascismo saboteador, produciendo, es decir, ofreciendo, a mayor demanda mayor oferta, según lo está haciendo la clase obrera.**

Ahora vamos, con números y razonamiento, a decir al país qué es el país, desde el gran ángulo de su "**capacidad de producción**" y de sus riquezas.

Adentro de una gran área territorial, extensa e inmensa de 741,767 kms.2, nos morimos de hambre, deprimidos, anarquizados, desnutridos y tuberculosos, vagabundos y aterrados de existir, la exigua suma, la ínfima, la mínima cantidad de 5.094,495 habitantes, explotados y expoliados al máximum por un insignificante tanto por ciento de la cifra escrita: los "Grandes Duques" y sus sirvientes, "Los Siúticos".

¿A quiénes se debe tan horrendo crimen?..

El capital invertido en la Minería alcanza a $ 23,000.000,000, con una producción anual de $ 3,835.740,000, que se obtienen con el trabajo de 60,500 obreros, los que devengan un salario medio de $ 25.70 diarios, según datos oficiales dados por la Sociedad de Fomento Fabril de la República. El capital invertido en la Agricultura alcanza a $ 14,000.000.000, con una producción anual de $ 2,343.267,000 (1940), que se obtienen con el trabajo de 339,692 obreros, (inquilinos o afuerinos), los que devengan un salario medio de **$ 6.15** diarios, según datos oficiales dados por la Sociedad de Fomento Fabril de la República. Insistimos y recalcamos el jornal del gañán: **$ 6.15 DIARIOS!**

Ahora bien, las industrias, en general, trabajan con $ 6,829.391,919, producen 5 mil 324 millones 927 mil 686 pesos, y ocupan 109,315 obreros, con un salario medio de $ 24.98 diarios, según datos oficiales dados por la Sociedad de Fomento Fabril de la República. ¿Qué se desprende de todo esto? 1.o: La Industria, en general, produce más que la Minería y que la Agricultura, pagando igual salario que la Minería, más o menos, y pagando **tres veces más** que la Agricultura, pero, con el pero de que suele tomarse la Minería industrializada como un rubro de la Industria, en general, incluyéndola en sus estadísticas; 2.o: La Minería produce con 60,500 obreros, rentados con $ 25.70 diarios, casi el doble, fijaos bien, casi el doble de lo que produce la Agricultura con 339,692 peones, piojentos y tuberculsos, que se mueren de hambre con $ 6.15 al día.—($ 10.00 diarios, con raciones y talajes); 3.o: Es calumniosa, criminal, embustera, la afirmación de los monopolistas y los latifundistas feudal-reaccionarios, en el sentido de que es la sindicalización campesina, consecuencia de la industrialización campesina y del progreso social, la que invalida la producción, ya que la Industria, en general, y la Minería industrializada, ocupan el primer lugar de honor en la "Capacidad de Producción de Chile".

Pero, no sólo habremos y debemos producir materias primas y alimentos, porque materias primas y alimentos estén en el vértice de la verdad nacional de una gran economía estructurada y planificada por el Estado y los trabajadores, sino que debemos producir las materias elaboradas y la manufactura, a fin de dotar a la Minería, la Agricultura, la Pesquería, la Maderería, etc., de maquinarias y elementos de producción nacionales, superando nuestra condición de país industrialmente tributario del extranjero.

La agricultura chilena produce:

7.842.765	Quintales métricos	de **Trigo.**
703.349	" "	de **Cebada.**
677.054	" "	de **Avena.**
795.512	" "	de **Frejoles.** (1940-41)
652.903	" "	de **Maíz.**
4.278.779	" "	de **Papas.**
130.709	" "	de **Lanas.**
814.888	unidades	de **Cueros.**
6.421.572	Kilogramos	de **Tabaco** (1941).
156.845.616	"	de **Carne** (1940).
29.016.805	"	de **Pescado** (1941).
326.700.000	Litros	de **Vino** (1941).
445.200	"	de **Alcoholes** (1940).

A primera vista se percibe la maciza cuota de producción del **vino y si** no la maciza cuota, la muy regular del trigo, ambos dos productos base y cimiento de la especulación latifundista-monopolista-intermediaria; ahora si consideramos que la falsificación de vinos alcanza, acaso, a un 50 por ciento de la producción, nos explicaremos la saturación vinosa de Chile; pero en estos momentos, no son, tal vez, ni el vino ni el trigo, los productos con los que se enriquecen brutalmente los terratenientes de la Zona Central, que pagan $ 6.15 diarios a la peonada, sino el cáñamo, el cáñamo de exportación, que alcanzó 15,000 toneladas en 1941, y el cual, opiparamente, llenando los bolsillos de los patrones, deja vacíos los estómagos de los trabajadores chilenos, a los que desprecian los patrones latifundistas, entregados al pro-fascismo criminal y al pro-nacismo criminal y mercenario, en conjugación con los espías y los ladrones del Eje. La pesquería es una gran vergüenza monstruosa, aterradora, macabra, en la cual juega su gran papel criminal y horrendo, **el monopolio** pues, con 4,200 y tantos o cuantos kilómetros de costa y unos miles muy gigantes de leguas fluviales, poblados de una gran fauna marina-fluvial-lacustre, no contamos sino con 5,8 kilos de pescado, por persona, al año.

Según los cálculos más optimistas, nosotros, los chilenos, poseeríamos 38 millones de hectáreas cultivables, de las que cultivaríamos 25 millones 091 mil 493 hectáreas, dejando 13 millones y tantos sin cultivo.

Pero, lo aterrador no es esto de los 13 y tantos millones de hectáreas que no producen, 13 **millones de hectáreas** vacías, malogradas, baldías por la acción criminal de los latifundistas. Nó. Lo tremendo y horrendo radica en que los 38 millones que se trabajan, tampoco se trabajan científicamente, con cultivos intensivos y dirigidos por la técnica, **industrialmente,** sino a base de un torpe sistema de explotación feudal-colonial, en el que el más **explotado** es el trabajador agrícola. Y esto sucede porque el latifundista odia al pueblo y a la organización democrática, porque el latifundista se opone a la **industrialización,** porque se opone a la **sindicalización,** con un criterio de negrero, porque el latifundista es un enemigo de Chile.

En Chile existen 5.564,032 hectáreas arables. 1.212,997, de riego y 3.697,768, de rulo; hay 187,264 predios, haciendas, fundos, avaluados en $ 6,324.965.423; son trabajados por 30 mil 398 empleados, 107,906 inquilinos y 201,168 "afuerinos", —peones y gañanes—, **con un salario medio de $ 10.00 o de $ 10.50 diarios, incluyendo jornal, talaje, ración en tierras, habitación, alimentación, etc.**

Y bien, con esta gran máquina feroz, montada en los albores de la Independencia, por los traidores que firmaron, contra la Patria, el Acta de adhesión a Fernando VII, el país obtiene la ínfima suma, (en relación con el volumen de sus explotaciones), de unos 2,500 millones de pesos, más o menos (2,343.267,000, en 1940), es decir, poco más de la mitad de lo que se obtiene de la Minería, que paga salarios medios de $ 25.70 diarios, y mucho menos de la mitad de lo que se obtiene de la Industria, en general, (cifra que, en parte vigente, incluye parte de la Minería), que paga salarios medios de $ 24.98, diarios, llegando a los 80 y aún a los 100 diarios, con lo cual no hace sino remunerar y estimular, legítimamente al obrero, de acuerdo con la carestía infinita de la vida nacional, **producida,** con premeditación y alevosía, por los latifundistas, los intermediarios, los monopolistas y los especuladores, pro nacifascistas.

¿Soluciones? Sí. Soluciones.

Proceder a la industrialización de la Agricultura, la Pesquería, la Maderería, la Minería, (en total); proceder a la sindicalización forzosa y obligatoria del campesinado y del proletariado industrial, a fin de poseer un proletariado industrial, férreamente organizado por la sindicalización obligatoria, que ha enriquecido la Industria, trabajando en conjugación con los patrones; proceder a la capitalización, por el Estado, y el crédito particular, bancario, expedito y barato, a la capitalización de la Agricultura, la Pesquería, la Maderería, la Minería, (en total) proceder a levantar el nivel económico de producción y el nivel moral y social, relajado por las crisis parciales, de las plantas mineras industrializadas, que producen, por ejemplo, con capital en riesgo perpetuo, oro metálico, y de todos los predios agrarios, ya industrializados, ya que nosotros seremos los primeros amigos de la Agricultura industrializada, y si hoy la combatimos, no combatimos ni combatiremos, jamás, la agricultura, lo que sería idiota, sino los métodos de explotación, arcaicos, reaccionarios, macabros de la Agricultura, puestos en marcha por los Grandes Duques pro nacifascistas, sus sirvientes "Los Siúticos", todos, no obsolutamente todos ellos, al servicio de la traición reaccionaria pro fascistizante; proceder a controlar la anarquía capitalista - latifundista - intermediaria - monopolista - especulativa, **por el Estado, nó con sentido corporativo-fascistoide-nacistoide, sino con sentido democrático antinacifascista,** al servicio de los trabajadores manuales e intelectuales de Chile y al servicio de los patrones progresistas, al servicio del pueblo de Chile, del pueblo, del cual emergen el heroísmo y todos sus valores.

Porque, cuando la industrialización nacional liquide el latifundio, el intermediario, el monopolio, el especulador y sindicalice la República, nosotros habremos salvado la etapa feudal-colonial-pre capitalista, en la cual nos hundimos, y habremos ingresado a la Democracia universal-internacional, que ha de ser superada por el socialismo.

P. DE R.

5ª. EPOCA - AÑO V - Nº. 49 - 2 DE OCTUBRE DE 1943

WINETT DE ROKHA

EL TERROR DE EXISTIR

POEMA - DRAMA EN TRES ACTOS. Actos 1.o y 2.o

(EL ACTO 3.o SE PUBLICO EN EL N.o 43 DE "MULTITUD")

ACTO PRIMERO

Personajes:

Cornelia	40 años
Agar	20 años
Patricio	45 años
Abel	18 años
César	20 años
Dolores	25 años
Mariana	30 años

Sala de casa burguesa, confortable. El señor y la señora en retratos destacados, ovalados, de anchos marcos dorados. Un piano. Flores en floreros de cristal, muy altos. Cortinas graves y visillos aéreos.

ESCENA I.

Cornelia y Agar

CORNELIA.— Los versos que leíste ayer en la Fiesta de la Flor, produjeron muy buena impresión.

AGAR.— ¿Quién te lo dijo?

CORNELIA.— Don Pedro, Tinita, Bustillos, en fin, varios.

AGAR.— Y a tí, ¿qué te parecieron?

CORNELIA.— (Con ironía), ¿A mí?

AGAR.— Sí, a tí, por favor, nunca juzgues nada a través de los demás.

CORNELIA.— En fin, te diré: me gustaron, precisamente, a través de los demás.

AGAR.— Bonito modo de opinar sin comprometerse.

CORNELIA.— Es que mi íntima opinión es que son sombríos...

AGAR.— Sombríos...

CORNELIA.— Y una muchacha como tú no tiene por qué serlo.

AGAR.— ¿Sombríos? Acaso. Dí más bien históricos, medidos, mentira.

CORNELIA.— No entiendo.

AGAR.— Se festejaba a una mujer espectacular, vanidosa, mediocre, sin heroísmo. Hablaron figurones. Entre ellos habié también, encajándome allí a la fuerza, llevada por la corriente, elogiando la mediocridad y la ridiculez.

CORNELIA.— Verdaderamente, me dejas perpleja. Siempre oí hablar de esa gran dama como de una persona importante.

AGAR.— Y tal vez lo sea dentro de su ambiente falso, tanto o peor que ella misma.

CORNELIA.— De todas maneras el final de tus versos es absurdo en una muchacha de tus años.

AGAR.— No io creo. Por lo demás ya ni los recuerdo.

CORNELIA.— Yo los recuerdo. ¿quiéres analizarlos?

AGAR.—Lo poesía no debe analizarse porque ella es siempre un producto espontáneo que no se sujeta a leyes establecidas.

CORNELIA.— Decías algo así:

..."flores, como a vosotras,
me deshoja el destino..."

y más adelante:

"...exhalar el postrero
suspiro de la vida
para ser **la inconsciente**
dulzura de la nada."

(Cornelia arrastra las palabras, acariciándolas)

AGAR.— ¿Sabes? Me gusta oirme por tus labios.

CORNELIA.— No se trata de la música exterior de ellos, se trata de algo mucho más importante: se trata de tu alma.

AGAR.— Veo que das demasiada importancia a las palabras.

CORNELIA.— Es el único medio de conocimiento que poseemos los mortales.

AGAR.— Soy feliz a mi manera y acaso desgraciada del mismo modo. No es que mi yo adquiera, por capricho, tal o cual modalidad, tal o cual estado de ánimo. Lisa y llanamente soy mujer.

CORNELIA.— Muy mujer.

AGAR.— He ahí todo.

CORNELIA.— Es que hasta cierto punto me hallo responsable de tu índole: de tu felicidad o de tu desdicha.

AGAR.— Desecha tan peregrina preocupación.

CORNELIA.— Te dí la vida material y he pretendido darte la más duradera, la única verdadera: la del espíritu.

AGAR.— Hay cierta vanidad en las madres al pretender dárnoslo todo. Me diste la vida material, la otra... me la ha dado el infinito.

CORNELIA.— La vanidad es tuya, Agar, adjudicándote inmensas palabras que sólo desfiguran tus sentimientos.

AGAR.— Yo recojo de toda esta resonancia que hay bajo la bóveda del cielo algo doloroso que no puedo echar a volar de mi misma.

CORNELIA.— ¿Quieres a alguien?

AGAR.— Es posible.

CORNELIA.— ¿Quién es?

AGAR.— Hay tanto dolor en mi cariño, está rodeado de tantos imposibles que por eso, acaso, sentiste tan vivamente aquello de la "inconsciente dulzura de la nada"

CORNELIA.— ¿Podría ayudarte?

AGAR.— Te temo más que a los imposibles; si te dijese su nombre la existencia se te partiría. Eres débil y los convencionalismos alientan fuertemente tu entraña.

CORNELIA.— (Alarmada) No me hagas sufrir de este modo. Habla. Eres mi hija y nada culpable o deshonroso podría hacer presa de tu alma.

AGAR.— Ya ves (con dolor). ¡No comprendes nada! Amo a César.

CORNELIA.— ¡El! ¿Es posible? Es un muchacho sin porvenir, sin fortuna, sin profesión. Un ser estrafalario, bohemio, sin control, un iluso. (Llora con desconsuelo).

AGAR.— Sabía tu respuesta a mi declaración, por eso callaba, por eso deseaba "la inconsciente dulzura de la nada".

CORNELIA.— ¿Acaso has sido sorda a mis sufrimientos? ¿Acaso no has visto lo que es soportar la pobreza, cuando se pertenece a una clase que exige de nosotros las apariencias?

AGAR.— Las apariencias, la eterna rueda en que giráis. ¡Yo las desprecio!

CORNELIA.— Eso lo crees porque estás enamorada. Después...

AGAR.— Cuento con mi voluntad y con mi juventud.

CORNELIA.— Con qué rapidez me encuentro abocada a tan duro problema. Ayer me parece verte, emocionada entre tu blanca cuna risueña reposar, ¡Cómo pedía al destino por tu dicha! ¡Cómo defendía tu niñez recordando la mía tan triste y desolada!

AGAR.— No sé nada de tu niñez.

CORNELIA.— No sólo de mi niñez, de mi adolescencia, de mi matrimonio: las desleatades de tu padre, su incomprensión para todo aquello que era la ilusión de mis huesos.

AGAR.— ¿Por qué te uniste en matrimonio a un hombre que no vibraba contigo, que no tenía los mismos hábitos, la misma naturaleza?

CORNELIA.— Eran los míos tan pobres en aquella época. Veía sufrir a mis padres, a mis hermanos pequeños. Me ahogaba la provincia. Además él era fuerte, simpático. Fué la novia del guerrero que traía una espada teñida de sangre. Me habló con las palabras que están dormidas en el pecho de las vírgenes, creí amarlo...

AGAR.— Era tu derecho a la vida.

CORNELIA.— Después... me ví pospuesta, ofendida. Mujeres y mujeres compartieron mi felicidad que, poco a poco se fué haciendo trizas. Ni siquiera tuve el consuelo de la fe. Otras tienen un Dios, un refugio al dolor, yo no tenía nada: madre, hermanas, amigas, nadie me comprendió, todas me traicionaron.

AGAR.— Nunca te oí hablar con tanto dolor.

CORNELIA.— Es que veo repetirse mi vida en tí. Presiento tus sufrimientos, tu calvario, tu desilusión.

AGAR.— Los prejuicios, la importancia desmedida al qué dirán, la vanidad, el vivir a flor de piel sin nutrirse de lo íntimo valeroso que cada ser tiene escondido para luchar en todo momento, eso, todo eso contribuyó a hacerte desgraciada.

CORNELIA.— No lo creas. ¿Qué prejuicios, qué vanidad podía haber en mi niñez? ¡Y fué tan infeliz! Mira; cierro los ojos y veo esos veranos ardientes del Norte. Siento crujir las carretas que nos llevaban a las minas, la casona vetusta y desolada. Esos cuartos que se llenaban de mosquitos. Papá cerraba la puerta de su habitación para librarse de ellos y leer en paz. ¡Tenía una indiferencia británica! Mamá se quedaba siempre en el pueblo para atender a Beatriz, tu tía, esa mártir que no conoció nada sino el dolor. Mis otros hermanos mayores me atormentaban: construían fantasmas y el terror me hacía dormir.

AGAR.— ¿Eras muy pequeña que no te defendías?

CORNELIA.— No sé, acaso ocho, diez años. Si yo pudiera escribir, si hubiera tenido, como tú, una educación esmerada, podría describir la inmensa visión de las montañas. Una mañana cogí mis vestidos unas muñecas, unas cajitas, unos zapatitos de badana y los hice un atado, me lo puse a la espalda y partí a pie por la ladera del cerro. Miré el pique profundo, vacilé, ¿no sería acaso un refugio?... Pero allá en el pueblo había seres humanos, y había un color violeta, tornasolado y maravillosamente amplio. Se guí caminando, los zapatos me atormentaban, tuve hambre y sed, tuve miedo a la soledad magnífica y regresé... mis hermanos me tomaron de las trenzas y de nuevo fuí esclava de ellos.

ESCENA II.

Patricio y Abel

AGAR.— (Se sienten pasos y voces) Ahí viene papá, enjuga tus lágrimas. (Agar abraza a Cornelia) ¿Por qué no fuiste tú mi hija?

PATRICIO.—(A Agar). Es verdaderamente lamentable la conducta de este muchacho. (Abel con la mirada perdida, avanza confuso, juguete de las palabras paternales).

AGAR.— ¿Por qué te diriges a mí? ¿Soy acaso su madre?

CORNELIA.— ¿No decías, hace un momento, que sólo la vanidad de las madres es la que las hace responsables de los actos de los hijos?

AGAR.— No recojas mis palabras para lanzármelas al rostro. Abel es tu hechura y, acaso en este instante, perteneciéndote, sera capaz de defenderse de sí mismo.

PATRICIO.—Eres tú, Agar, la responsable de las ideas absurdas que se le meten a Abel en la cabeza.

ABEL.— Sean absurdas o no esas ideas, son mías y nada tienen que ver con Agar.

PATRICIO.— Bien, amiguito, aquí mando yo. Ud. reanudará sus estudios esta misma tarde: nada de versitos, nada de bohemia, nada de mugre. A la basura con el chamberguito, a la basura con la corbatita de lunas!

AGAR.— No lo denigres, papá, ya es un hombre.

PATRICIO.— ¿Crees enmendarme la plana? ¿Crees que debo dejarlo ir por la vida de melena y sin una chaucha en el bolsillo? ¿Me crees tan miserable como para eso? ¿Va a repetirse el caso de tus amiguitos de cenáculo, de esos poetillas cursis, vagabundos, que han franqueado la puerta de mi hogar, en virtud de sonetos, denigrándolo?

CORNELIA.— De esos vagabundos que se adjudican el derecho de ser hombres... Soy de tu opinión esta vez, Patricio.

AGAR.—(Aparte a Cornelia). No te apartes de mi alma.

CORNELIA.—Eres tú quien se aleja.

PATRICIO.—No habléis en drama, por favor; eso lo hacían perfectamente mi suegra y su parentela. Me gusta lo concreto, abomino de las ilusiones y sus palabras embusteras.

AGAR.—Bien, en concreto: Podéis hacer de Abel un señor profesional, con chaquet y cadenita de oro en el chaleco pero si tiene dentro de sí algo duradero y profundo, es decir, si tiene conciencia exacta de su destino, de nada habrán de valer discursos y profecías de baratillo.

PATRICIO.—(Acercándose amenazante a Agar). Vas a hacerme el favor de callarte. (A Cornelia). Se le han ido los humos a la cabeza: los aplausos, las flores, los halagos, la hacen sentirse una escritora que puede dictaminar en cosas que sólo la experiencia de la vida puede hacer.

AGAR.—O el talento verdadero.

ESCENA III

Dolores y César

DOLORES.—(Entrando). Don César.

CORNELIA.—(Eleva los ojos al cielo). Hazlo pasar.

CESAR.—Buenas tardes.

AGAR.—Buenas tardes.

ABEL.—Buenas tardes.

CORNELIA.—(Hace una venia y se dirige a Patricio). Nuestra condescendencia es imperdonable.

PATRICIO.—Pondré los puntos sobre las íes.

CESAR.—(A Agar). Encuentro el ambiente frío. ¿Qué ha pasado?

AGAR.—No te inquietes, son borrascas a domicilio.

CESAR.—¿Estoy ajeno a ellas?

AGAR.—¡Quién sabe!

CESAR.—(Dirigiéndose resueltamente a Patricio). Vea Ud. don Patricio, ayer estuve con su amigo el Ministro Santos, lo recordó con mucho afecto.

PATRICIO.—(Pavoneándose). Vaya, vaya, me alegro. Es una persona muy distinguida este Santos. Gran palabra de tribuno, culto, fino, ¡una dama!

AGAR.—¡Qué elogio tan divertido! Es como si dijiesen de mamá que es un caballero. (Todos se ríen).

CORNELIA.—(Amostazada). No es el mejor momento para hacer chistes a costa de los padres, Agar.

CESAR.—(Tratando de evitar discusiones, a Abel). Te encuentro muy callado y pensativo Abel. ¿Algún nuevo conflicto amoroso?

ABEL.—No bromees. Hace un instante han dispuesto de mí como de un pelele. Me balanceo en una cuerda floja.

CESAR.—¡Rebélate!

PATRICIO.— (Interrumpiendo). Abel es un buen hijo. Yo le ruego, César, que no lo aconseje ni le haga bromas.

CESAR.—No he aconsejado nunca a nadie.

PATRICIO.—No importa. Además, en esta casa no se hablará más de literatura, ni de autores, ni de ideas. ¡Hay tantas cosas útiles y prácticas de que hablar!

CORNELIA.—(A Agar). ¿Por qué no haces un poco de música? Aunque sea el menos desagradable de los ruidos, como decía Napoleón, hay ocasiones en que adormece los nervios.

AGAR.—(Se levanta y con cansancio se acerca al piano). Chopin, ¿acaso pensaste alguna vez que tu música derramada en un momento de altura y de emoción dentro de tu espíritu, habría de servir para poner punto final a un conflicto doméstico? (Ejecuta la 1.a parte del Nocturno N.o 13 de Chopin).

CESAR.—(Yendo a volver las hojas de la música). ¿Serán estos acordes los escalones hacia la eternidad? Me parece que subo por ellos.

AGAR.— Yo me siento entre ellos como una llama dúctil que confunde su esencia con tú intensa esperanza.

CESAR.— ¡Qué vidas tan extrañas las nuestras! Somos dos fatalidades interrogando lo desconocido.

AGAR.— Y el viejo caduco ese de lo desconocido que no responde.

CESAR.— Te engañas, sus palabras se tiñeron de luna y van enlazando almas, cuerpos, cerebros.

AGAR.— Somos juguetes en su manos.

CORNELIA.— (A Patricio que ha estado distraido hojeando periódicos) ¿No crees un poco peligrosa esa amistad de Agar y César?

PATRICIO.— No lo creo. El'a es demasiado inteligente para escuchar las palabras de un muchacho.

CORNELIA.— César no es como los otros. Tiene personalidad, voluntad y decisión, además Agar es romántica y en este último tiempo noto en ella contradicciones que me alarman.

PATRICIO.— Lo interrogaré con diplomacia.

AGAR.— (A César aún junto al piano) Te veo sonreir y en tú gesto hay altivez, imperio, rebeldía, ¿qué sientes?

CESAR.— Mi alma inflexible, a dormir en la funda con que todos se visten, como la hoja trágica de un puñal se resiste.

AGAR.— Es la soledad la que mina a pasos gigantescos tu enorme y rudo corazón de niño y de hombre.

CESAR.— Acompáñame...

PATRICIO.— (Interrumpiendo) ¿Y qué dicen sus estudios amigo?

CESAR.— Me he reincorporado a leyes. Además escribo y pienso.

PATRICIO.— Nada de letras, amigo mío. Deje los sueños, recíbase, trabaje, hágase hombre. Su salud, su juventud deben encauzarse. Hay que pensar en el porvenir. ¿Cuántos años le faltan para doctorarse?

CESAR.— (Con desaliento) ¡Cuatro años!

PATRICIO.— No es mucho, los años, como las golondrinas, vuelan...

CESAR.— Solo cuando se espera la realización de nuestras esperanzas entonces esos años no tienen término.

PATRICIO.— Y ¿dónde está, entonces, la voluntad del hombre?

CESAR.— El hombre empieza cuando la voluntad lo abandona. Esa voluntad que es más pequeña que el sentido que nos embarga.

PATRICIO.— Sea valiente y triunfará.

CESAR.—Es fácil poner voluntad en adquirir bienes materiales pero cuando se juega el destino espiritual del ser, entonces, somos tímidos.

CORNELIA.— (Punzante y hostil) El hombre que pretende alcanzar un imposible es un desgraciado.

AGAR.— Nada es imposible mientras la vida no nos aniquila por completo.

ESCENA IV

Dolores y Mariana

DOLORES.— La señora Mariana Abarca.

AGAR.—(Levantándose). Que pase.

ABEL.—Yo me esfumo. Aquí sí que se hablará de literatura a pesar de la prohibición de papá. (Sale).

MARIANA.— (Afectada y ridícula en su vestimenta). ¡Agar!, preciosa, vengo a buscarte. La comisión de señoras me eligió Presidenta. Te nombraré, desd eluego, mi secretaria incondicional. ¿Verdad, señora Cornelia? Su hija es ideal, ayer la evoqué, venía por el Forestal y pensé que su silueta primaveral vestida de Otoño la reclamaba esa armonía, esos rayos postreros de sol, ese rumor de avecillas paradisíacas...

CESAR.—¿Ha leído Ud. a Milton, señora?

MARIANA.—Nó, ¿por qué?

CESAR.—Porque escribió el "Paraíso Perdido".

AGAR.—(Aparte). Por favor, César, no te burles.

CORNELIA.—Agar estará honradísima señora Abarca; además tendrá algo en que ocupar sus horas; es tan perezosa!...

AGAR.—Cuando no hago nada es cuando mi actividad es más provechosa.

PATRICIO.—Nada entiendo de eso, sólo sé que descuida, Agar, lamentablemente su piano, su inglés.

AGAR.—Exiges demasiado de mis fuerzas.

PATRICIO.—Ahora con el secretariado ese habrá que decir adiós al último sonido que acaba de arrancar a las teclas.

AGAR.—Hay algo, Mariana, que me impedirá aceptar tan halagüeña proposición: estoy terminando un libro, necesito de todo mi tiempo.

MARIANA.—Eso no es inconveniente, querida.

AGAR.—Sobre todo soy inconstante e indisciplinada. Sería una pésima secretaria de una tan activa y severa Presidenta.

CESAR.—(Para sí). Aunque son los secretarios los que siempre hacen la plataforma.

MARIANA.—No hubiera pensado esto, Agar.

AGAR.—Lo siento, verdaderamente.

MARIANA.—Hay un arreglo. Le daré un puesto más reposado y más de acuerdo con sus deseos. Será la bibliotecaria. No hay peros, ¿acepta?

AGAR.—(Vencida). Acepto.

CORNELIA.—Gracias, linda, yo le agradezco que haya pensado en mi hija.

AGAR.—(A Cornelia). No tienes por qué agradecerlo.

CESAR.—(Aparte). ¿Por qué aceptaste?

AGAR.—(Misteriosamente). Nos veremos en la biblioteca.

CESAR.—Ahora comprendo.

MARIANA.— (Levantándose). Me voy. Tengo que pasar al "Mercurio", a la Caja de Ahorros, al Liceo, tengo que ir a la imprenta a mandar a hacer las invitaciones, retirar los estatutos de manos de la señora Anita, reclamar las fotografías del estreno, en fin, la mar, hasta lueguito...

CESAR.—¿Todo eso lo efectuará Ud. con algún motor en el maletín?

MARIANA.—Nó, y si lo duda, acompáñeme.

PATRICIO.— Yo la acompañaré señora, llevo su mismo camino.

MARIANA.—¡Encantada! (Se despiden y salen).

ESCENA V

CESAR.—Estas cotorras de la literatura van por el mundo abanicando la tierra con la cola de pavo real que llevan en el alma y llenándolo todo de polvo.

AGAR.—No seas exagerado. Mariana es una mujer que cree profundamente en principios de renovación, en superación para el sexo a que pertenece.

CESAR.—Y ¿crees tú que estará ella bien segura del sexo a que pertenece?

AGAR.—(Riendo). ¡Estás inaguantable!

CORNELIA.—¿Desde cuándo te harás cargo de la biblioteca?

AGAR.—Desde hoy mismo.

CESAR.— (Levantándose y tratando de imitar a Mariana). Yo me voy, tengo que pasar a la Caja, al Cementerio, a la Cámara, recoger los bombones, dar un óbolo a los hermanitos cristianos, en fin, la mar, hasta lueguito. (Sale).

ESCENA VI

CORNELIA.—(Tratando de acercarse, nuevamente, en espíritu a Agar). No me atreví a decir a tu padre el sentimiento que ha despertado en tí este muchacho.

AGAR.—No es un muchacho. La edad de los hombres se toma en cuenta por lo que representan ante sí y ante el mundo.

CORNELIA.—No sabes lo anonadada que estoy. Ayer me trajeron esas codornices y pensé que me traerían desgracia. Las haré matar.

AGAR.—No seas supersticiosa, eso es sólo propio de gente ignorante.

CORNELIA.—No soy supersticiosa, pero ya ves, esta angustia, este clima inconfortable que nos rodea desde que las trajeron es evidente.

AGAR.—Me haces reír, déjales vivir, pobres avecillas, con ellas o sin ellas mi destino se verificará.

CORNELIA.—¿Vas a salir?

AGAR.—Voy a vestirme para ir a la biblioteca. (Sale).

CORNELIA.—(La sigue con la mirada). "Juventud, divino tesoro", cómo eres de inconsciente, cómo vas al abismo que tus propias manos prepararon. Y, sin embargo... ¡qué no daría yo por volver a empezar! (Se pasea nerviosamente). Tener esta experiencia, este reposo y pisar los veinte años! El espíritu no camina a la par que estas canas. (Se acerca a la ventana). Miro el horizonte, el espejo de mi presente, y sólo percibo una risa quebrada. La mujer dará paso a la anciana y la anciana irá a incrementar el olvido y la muerte.

AGAR.—(Vestida a la última moda sale poniéndose los guantes). ¿Hablabas con alguien?

CORNELIA.—Nó, hablaba conmigo misma. (Se besan maquinalmente). No te tardes demasiado y si llegaras a encontrar a César no hables con él.

AGAR.—No te inquietes demasiado. Sabes que voy a la biblioteca y que César llevaba un camino determinado...

TELON.

ACTO SEGUNDO

Personajes:

Cornelia	45 años
Agar	25 "
Patricio	50 "
Abel	23 "
Mónica	20 "
Zoila	60 "
Rosalinda	50 "
Rubí	25 "
Teresa (empleada).	

Hall de casa residencial. Radio, teléfono. Plantas de sombra. Jaulas y trinos. Rosalinda es afectada, Cornelia la adula imitándola.

ESCENA I

ROSALINDA.—(A Cornelia, ambas sentadas en sendos y cómodos sillones). No sabe Ud. querida, cómo estuvo de maravilloso el sermón del padre José. Parecía que hasta las luces titilaban de gusto.

CORNELIA.—Es un santo, mi hijita.

ROSALINDA.—María Pereira se desmayó.

CORNELIA.—¿Sí?

ROSALINDA.— Dicen que andaba en ayunas, ¡la pobre!, y que estuvo cerca de una hora en el confesionario de rodillas.

CORNELIA.—¡Es tan escrupulosa!

ROSALINDA.—¡Y tan piadosa!

CORNELIA.—Yo no pude ir. Patricio estuvo enfermo del estómago y toda la noche con sus idas y venidas no me dejó dormir.

ROSALINDA.—Y ¿por qué no me llamó, hijita? Yo soy muy atinada para los remedios caseros.

CORNELIA.—¡Qué ocurrencia, Rosalinda, cómo la iba a molestar. Además este hombre se enferma de puro goloso y porfiado.

ROSALINDA.—(Buscando en un maletín). Le traje una imagen de Santa Teresita. Al pie trae unas palabras del Santo Padre. Leyéndolas, por cada vez, son cien días de indulgencia.

CORNELIA.—(Embobada). ¡Qué cosa tan grande!

ROSALINDA.—Tuve noticias ¿adivina de quién?

CORNELIA.—No caigo.

ROSALINDA. — (Misteriosamente). De Agar.

CORNELIA.—¡Ay!, por favor, me muero, agua! (Se desmaya espectacularmente).

ESCENA II

ROSALINDA.—(Yendo hasta la puerta). Rubí, ven rápido, Cornelita se ha desmayado, trae agua.

RUBI.—(Con un vaso de agua). ¿Qué pasó? ¡Dios mío! Voy a llamar a don Patricio. (Va hacia el teléfono). Aló... ¿con el Club?... sí?... hágame el favor de decir a don Patricio que venga en el acto a su casa... Gracias... hasta luego.

ROSALINDA.—(Cornelia mueve los brazos). ¿Ya le pasó? ¡Pobre madre! (A Rubí, en secreto) Le dije que supimos de Agar.

RUBI.—Era una noticia que no debiste darle, mamá. Además Agar no se ocupa de su madre. Si deseara verla no tendría sino venir.

CORNELIA.— (Incorporándose). Nó, jamás, no quiero verla. Patricio me ha prohibido nombrarla. Agar está muerta para nosotros.

ROSALINDA.—¡Ya está mejor! ¿no ve? Inútilmente hemos inquietado a don Patricio.

CORNELIA.—Voy a mi dormitorio, necesito descansar. (Sale apoyada en el brazo de Rosalinda).

ESCENA III

TERESA.—Señorita Rubí, una señora busca a la señora Cornelia.

RUBI.—(Arreglándose maquinalmente el peinado). Dígale que pase.

AGAR.—(Entra con un niño envuelto en un chal). Buenas tardes.

RUBI.—¡Ud.! ¡Dios mío!, ¿qué va a pasar?

AGAR.—No comprendo, deseo ver a mi madre.

RUBI.—La señora Cornelia no desea verla, además está muy enferma.

AGAR.—Por eso mismo, mi presencia la aliviará.

RUBI.—Se equivoca.

AGAR.—No entiendo.

RUBI.—Cuando los hijos desobedecen a los padres, de hecho renuncian a ellos.

AGAR.—No interprete erróneamente el sentir de los demás.

RUBI.—Ud. se casó contra la voluntad paternal y merece la suerte de que disfruta.

AGAR.—Hágame Ud. el favor de no mezclarse en mi vida y anúncieme.

RUBI.—Ahora ella salió ¿por qué no viene otro día?

AGAR.—No mienta. Sé que está aquí, Ud. misma lo ha dicho hace un instante.

RUBI.—Bueno, la anunciaré, al fin y al cabo ¡qué me importa a mí!, pero si la señora Cornelia se enferma Ud. será la culpable. (Sale).

ESCENA IV

AGAR.— Este será mi calvario. Si no fuera por tí, hijo mío, no habría venido a tocar esta puerta. (Entre unos cojines deposita al niño dormido. Va hacia el teléfono). Si me atreviera... (marca nerviosamente un número). Aló... sí... con ella... ya estoy aquí... mi corazón está desgarrado... nó, aun no la he visto... no sé... el niño duerme... aló, sí, un poco... ¡qué cerca de mí siento tu voz!... mucho b'en... me ha dado fuerza... corta, siento pasos. (Cuelga el fono).

CORNELIA.—(Avanza fría y displicente). ¿Cómo has venido? (Mirándola de pie a cabeza). Tu traje no es lo suficientemente elegante para presentarte en esta casa.

AGAR.— (Deprimida) Te traía a mi hijo, tu primer nieto.

CORNELIA.—No me emociona en absoluto. Tu hijo, sí, el hijo del infame que te arrebató a nuestro cariño para sumirte en la miseria. Mi nieto... jamás, no quiero reconocerlo. (Le vuelve la espalda).

AGAR.— No esperaba de tí este recibimiento, llegué a pensar que la sangre de este inocente haría vibrar en tí los afectos dormidos.

CORNELIA.—Te lo dije: ahora querrá que lo alimentemos. Ese fué su negocio. Nosotros no podemos, tenemos muchos gastos y, además, Patricio no te verá jamás.

AGAR.—Continúa.

CORNELIA.—Conoces a tu padre: es violento, no te perdonará nunca.

AGAR.—¿Qué tenéis que perdonarme? ¿Acaso no me pertenece algo de lo que gastáis en vanidad y en vicios?

CORNELIA.—(Con asombro). ¡Ah!...

AGAR.—La vida material que me dieron ¿es para botarla como un estropajo porque no me casé a vuestro gusto?

CORNELIA.—(Desafiante). ¿Y?...

AGAR.—Necesito dinero, no lo mendigo, lo exijo.

CORNELIA.—No tengo dinero.

AGAR.—Dadme alguna joya para obtener de ella algo, el apremio de este momento.

CORNELIA.—¡Infame! ¡Hija maldita!

AGAR.—Modere su lenguaje.

CORNELIA.— ¿Piensas en la Casa de Préstamos?

AGAR.—Naturalmente.

CORNELIA.—¿A esa abyección habéis llegado? ¿Dónde te criaste para recurrir a eso tan bajo? Nunca. Que busque tu marido lo que necesita.

AGAR.—Está sin ocupación.

CORNELIA.— Un hombre se emplea de basurero pero no acude a sus suegros. ¡Es indigno!

AGAR.—(Con dolor). Guardad vuestro dinero, miento, **mi dinero.** Todo aquello que me pertenecía lo liquidasteis en pública subasta. Salí del hogar de un hombre acomodado como una desheredada, maldita, pisoteada por vuestros estúpidos y perversos prejuicios. Sin embargo, os perdono...

CORNELIA.—Espera. Querría buscar alguna solución, la única: **abandónalo,** ven aquí a nuestro lado, nada te faltará, rehacerás tu vida, eres joven...

AGAR.—No me haga despreciarla tanto como para maldecirla y odiarla. No digo en este momento en que un hijo nos amarra, sino siempre desde el principio de las cosas. Antes de que Uds. formularan mi nombre ya estábamos unidos sobre los mundos en desorden de este laberinto incomprensible en que se debaten los sentimientos oscuros de los hombres.

CORNELIA.— Dejaste a tus padres por un extraño.

AGAR.—Por encima de Uds. mil y mil veces está el padre de mi hijo. Y más que el padre de mi hijo, el hombre que me comprendió y me amó por encima de las bajezas y las miserias de Uds....

CORNELIA.— (Juntando las manos y mirando al cielo). Gracias, Dios mío, ¡lo quiere!...

AGAR.—No haga comedias, basta con el horrible drama que representamos.

ESCENA V

PATRICIO.—(Agitado, con el sombrero en la mano). ¿Qué pasa? Me han llamado... (Sorprendido al ver a Agar) ¿Tú aquí? No te conozco.

(PASA A LA PAG. 4)

El terror de...

AGAR.—Yo sí que os conozco. Algún día responderéis ante el mundo de vuestros actos (Va hacia el niño).

PATRICIO.— (Acercándose curioso). ¿A ver? ¡Vaya que ya es todo un hombre! ¿Se parece a su abuelo? (Lo toma en brazos).

AGAR.— (Se arrodilla a los pies de Patricio que acuna al niño en sus rodillas). Es hermoso, tiene los ojos como las almendras vivas, esas que son de terciopelo y miel. Suave es su piel como cuando la luna cae y resbala sobre un dolor...

CORNELIA.—(Acercándose despreciativa). ¡Es horrible!...

ESCENA VI

ABEL.—¡Agar!

AGAR.—La misma. Nunca buscaste el camino de mi hogar donde siempre te esperaba. Eras joven, estabas en la obligación de comprender...

ABEL.—Me repugna la miseria sórdida.

AGAR.—(A Abel) Hay cosas más repugnantes aun: tu suegra.

ABEL.—Cállate, por favor, podría oír y ella es una señora: tiene siete millones de pesos.

AGAR.—Has hecho un buen negocio.

ZOILA.—(Arrellenándose en un sillón). Tengo el alma en un hilo. Este juego político me perjudicará en un millón de pesos.

PATRICIO.—Ya los recuperará Ud. misiá Zoila.

ZOILA.—Pienso que si ese bandido de Alessandri triunfa nos dejará a todos en la calle.

PATRICIO.—Y pensar que no es él el culpable sino las corrientes adversas que lo llevan. Es hombre de talento, tiene casa en la Alameda, palco en la ópera y coche a la puerta, es socio del Club de la Unión. Además, les dicta a dos secretarios simultáneamente.

ZOILA.—¡Es espantoso!

CORNELIA.— ¿Y cómo le fué en Viña, misiá Zoila?

ZOILA.—Fíjese, Cornelia, sólo ayer perdí veinte mil pesos en la ruleta y con estas perspectivas de Gobierno.

AGAR.—Ojalá triunfe el hombre que más comprenda a su pueblo y el que mayor conciencia política demuestre como gobernante.

ZOILA.—(Despreciativa). ¡Qué sabe Ud.! Me han dicho que hasta comunista es su marido. ¡Claro! también lo será Ud.

AGAR.—No tengo por qué negarlo.

ZOILA.— Todos unos antipatriotas, descreídos, ignorantes.

AGAR.—Su patriotismo, señora, es edificante, él le ha dado bastante dinero, embargando las máquinas de coser de sus arrendatarios.

CORNELIA.—Bastante que trabaja y le cuesta a misiá Zoila.

ZOILA.—¡Claro que soy patriota! Adoro mi patria, tan hermosa. Ayer se me caían las lágrimas cuando ví desfilar la Escuela Militar. ¡Qué muchachos tan bien plantados!

AGAR.—Ellos, seguramente, la defenderán de los comunistas.

ZOILA.—Nó, no me defenderán ellos, por dos razones: primero, porque los Estados Unidos nos protegerán de la invasión rusa y del hambre y, segundo, porque si llegara, en un caso hipotético, a triunfar el comunismo, me sentaría en el medio del patio de mi casa, con toda mi plata y mis joyas, me rociaría con parafina y me prendería fuego.

ABEL.— No exagere, señora. Agar va a ir a contarle a su marido todas estas cosas y los comunistas la colocarán en la lista negra. (Hace un ademán como que le cortarán el cuello).

ZOILA.—¿Hará Ud eso?

AGAR.—Descuide Ud., señora, una mujer tan patriota y valiente como Ud. que entregaría gustosa su hermoso país a los Estados Unidos, con ejército y todo, es una reliquia que cualquier gobierno debería conservar al amparo de todo peligro.

ZOILA.—¡Cómo me asquean las mujeres que se ponen a hablar como los hombres!

ABEL.—Agar no habla por ella sino por boca de ganso.

AGAR.—(Aparte). Menos mal que tú hablas por boca de los millones de tu suegra o del caballo de lata con que premiaron tu talento de poeta en conserva.

ZOILA.— Ahí tiene Ud., Cornelia, amiga mía, por no haber puesto atajo a esa educación venenosa que están dando a la juventud los malvados, los ateos.

CORNELIA.—No haga caso a las palabras de Agar, misiá Zoila; ella respira por la herida y está dominada por el subversivo del marido.

ZOILA.—Aquí tienen Uds. a mi hija, (abraza a Mónica) obediente, tierna, mujer de su hogar. (A Abel). Ha tenido Ud. el honor y póngase orgulloso de ella, pues puedo asegurarle que no ha leído jamás un libro.

AGAR.—La felicito, señora. En estos tiempos los libros sirven sólo para encender el fuego... en la cocina de los burgueses y de las señoras de colecta y Patronato.

MONICA.—(A Agar). ¿Y qué edad tiene el guagüito?

AGAR.—Mil años, Mónica.

ABEL.—¿Cómo dijiste? Llámala Monona. No tienes demasiada confianza para tutearla porque tú eres pobre.

AGAR.—Tienes razón, las mujeres como ella no tienen nombre propio ni sus maridos tampoco.

ESCENA VII

ROSALINDA.—(A Mónica) ¡Cómo no me habían dicho que estabas aquí, preciosa!

MONICA.—Qué gusto de verla señora Rosalinda, y tú, (a Rubí) mi hijita ¿cómo estás? ¿Y tu futuro siempre tan picho?

RUBI.—Siempre. Todas mis amigas me lo envidian. Pero, a decir verdad, la lotería te la sacaste tú con Abel.

ABEL.—Cuidado, Rubí, no me tome el pelo, mire que soy propenso a la calvicie.

CORNELIA.—No porque sea mi hijo, Rubí, pero Abel es un marido ideal. Fué cotizado como el que más. Ud. lo sabe, mi linda. ¡Cómo lo rondaban tantas y tantas mujeres! Pero supo elegir ¿verdad?

ZOILA.—Mónica no tiene rival.

ROSALINDA.—¡Igual a su madre! Porque Ud. misiá Zoila, es una mujer en toda la extensión de la palabra.

PATRICIO.—¡Cabal! Misiá Zoila **es todo un hombre!**

AGAR.— Siempre papá elogiando a los seres colocándolos en el sexo contrario. (Risas generales).

ABEL.—(A Agar). Oye, ¿sabes que me han nombrado miembro de la Real Academia Española?

AGAR.—¿Sí? Me alegro. ¿Habrás publicado algunas obras importantes?

ABEL.—Nó, ninguna. No se necesita publicar libros para ser escritor en Chile.

AGAR.—Pero en la Real Academia... por lo menos los miembros escriben o son generales retirados.

CORNELIA.—No seas envidiosa Agar, tu hermano es un finísimo escritor: le han otorgado la flor de oro en diversos concursos, la Mistral lo considera un trovador de Antología.

AGAR.—¿Sí? La Mistral es una mujer de talento, a pesar de la flor de oro que le otorgaran alguna vez y del elogio a los poetas tan poetas como Abel.

RUBI.—Y ¿la flor de oro de Abel cree Ud. que es una bicoca? ¿No le gustaría a Ud. tenerla?

AGAR.—Yo, francamente, no sabría qué hacer con una flor de oro. No la pretendo, ni creo que me la darían....

ABEL.—Mejor así, porque lo primero que harías sería mandarla a la Agencia.

AGAR.—¿Y para qué otra cosa crees tú que podría servir una flor de oro?

RUBI.— Pues, por el honor de conservarla junto a nuestros brillantes.

AGAR.—Los brillantes siempre son una cosa de mal gusto.

CORNELIA.—¿De manera que mis solitarios y los de misiá Zoila son de mal gusto?

AGAR.—Precisamente, sí.

ZOILA.—¡Flamante afirmación!

RUBI.—Já! já!... porque Ud. no los tiene.

AGAR.—No, no es por eso, es que los encuentro charros, feos. Me gustan las perlas sin averiguar su precio, acaso las esmeraldas del mismo modo.

ABEL.— (Con intención a Rubí). Y los rubíes...

RUBI.—Gracias. ¿Acaso le parezco una piedra preciosa?

ABEL.—¡Por supuesto!

MONICA.—No tires piedrecillas porque recibirás fiestillas... Abel galantea, en mi presencia a todas las mujeres.

CORNELIA.—Es tan fino mi hijo.

ROSALINDA.—Así es Cornelita, yo admiro a Abel incondicionalmente. Todo en él me parece estupendo, desde sus guantes color patito, la perla de la corbata, las camisas finísimas, los calcetines...

RUBI.—Por Dios, mamá, no sigas nombrando que ya te quedan prendas tan íntimas que nos harás ruborizarnos a todos.

PATRICIO.— Siga no más, señora Rosalinda y no se olvide que también soy monja...

ROSALINDA.—Cállese el picado de araña y recuerde que soy viuda de un capitán de navío.

ZOILA.—Su marido, Rosalinda, ¿era hermano del capellán Romero?

RUBI.— ¡Claro! mi tío el capellán es tan encantador!

PATRICIO.— Harto peine el capellán. No hay otro como él para el rocambor. Y qué liberal, le gustan el tinto y la **media negra**...

CORNELIA.— No seas mal hablado, el capellán es un santo. Son las mujeres las que tienen la culpa de que se hable de él.

ROSALINDA.— Así es, mi hijita linda.

CORNELIA.—— Me consta que la María López pretendió enamorarlo y lo persiguió hasta en el confesonario.

ZOILA.— ¡Jesús! Cornelia, deberían excomulgar'a por corrompida.

CORNELIA.— Así digo yo, pero hay que tener piedad cristiana, misiá Zoila y dar gracias a Dios que no seamos como ella.

ABEL.— Yo no sé lo que pasó con la María López pero un día, yo, con mis propios ojos la ví en coche de posta...

CORNELIA.— ¿En coche de posta? ¡Increible!

AGAR.— ¿Y qué tiene eso?

RUBI — Pues, que una persona decente no viaja en coche de posta.

AGAR.— Una persona decente viaja en lo que puede: tranvía, coche, taxi o carreta y no por eso deja de ser quien es.

ZOILA.— ¡Cómo se le ocurre! ¿Cree Ud. lo mismo que yo hubiera ido a la comida de anoche en la Embajada Británica, en victoria de arriendo en vez de ir cómoda y dignamente en mi Packard?

AGAR.— Nó, señora, Ud. necesitaba ir en su Packard a la Embajada.

ZOILA.— ¿Pretende Ud. querer decir que mi persona depende del Packard?

AGAR.— Nó, quiero decir que el Packard, los brillantes, las pieles, los perros finos son, con la señora que va a las Embajadas una sola cosa.

ZOILA —¿Y Ud. iría, si la convidaran, en victoria de arriendo?

AGAR — Posiblemente, o a pie.

ZOILA.— La despedirían desde la puerta.

PATRICIO.— ¡Por supuesto!

CORNELIA.— (A Mónica) ¡Qué elegante! El sombrero es un modelito ¿verdad? Es ¡ideal!

MONICA.— Es de la casa Otero. Las pieles valen una fortuna, fueron un capricho de Abel.

CORNELIA.— (Mirándola con los ojos entornados) ¡¡Soñadas!

MONICA.— (Mirando a Patricio con el niño aun en los brazos) Don Patricio está embobado con el nieto. Ya ni se acuerda de nosotros.

CORNELIA.— Celosa ¿eh? Pronto nos dará Ud. un verdadero nieto. Ya me parece que lo arrullo. Será rubio, lleno de encajes y sedas.

MONICA.—— Ya está encargado el ajuar. Las monjitas de la Casa Nacional del Niño me entregaran, esta semana, 200 pañales delgados, 300 gruesos, 3 docenas de mantillas azules, 3 docenas rosadas, 50 baberos, 10 chales, las camisitas, los paltocitos, en fin, todo bordado con su nombre.

CORNELIA.— Yo también les tengo mi sorpresa. ¡Adivine!...

MONICA.— La cuna.

CORNELIA.— No. Una libreta en la Caja de Ahorros. Algo considerable y que no pueda girar hasta los veinte años.

MONICA.— Gracias, señora Cornelia. (la besa) ¿Lo mismo para el güagüito de Agar?

CORNELIA.— (Poniéndose el dedo sobre los labios) ¡Chits! A ella le mandaré unas sábanas usadas, para que arregle unos pañales, quedan muy suaves.

MONICA.— Es cierto.

CORNELIA.— También misiá Zoila, tan caritativa y tan buena, pasando por las ideas extravagantes de Agar, le va a juntar algunas ropitas de los niños de Alberto que ya les han quedado chicas.

MONICA.— No sea que Agar se ponga celosa.

CORNELIA.— ¡Yo sé muy bien lo que le cuadra a cada uno!

MONICA.— Gracias, otra vez. (La besa de nuevo).

AGAR.— (Toma al niño de los brazos de su padre) Te agradezco, papá, que hayas acunado a mi niño. Recuerdo que fuiste un buen hijo, este recuerdo me hace apenarme por haberte hecho sufrir. Piensa sólo que nosotros los mortales, somos juguetes de los designios. Desde el primer día del mundo ya la existencia de este niño estaba trazada.

PATRICIO.— (Emocionado) Ya olvido, ya olvidaré, déjame reflexionar. Dile al badulaque ese de tu marido que le agradezco el nieto. Si no fuera porque estamos en esta residencial donde viven tantas gentes de dinero y de abolengos, te convidaría con él a almorzar, pero será después. ¡Ya nos veremos! (Abre la cartera) Toma para carro estos diez pesos. Estoy pobrísimo, ya sabes, tomé un boleto entero de la lotería y quedé puro como una patena. Si me saco el gordo, ruega, pues, a tus devociones, te daré algunos pesotes para el muchacho.

AGAR.— (Lo mira dolorosamente) Guárdate papá los diez pesos, tengo para el carro y a tí pueden hacerte falta para cigarrillos.

CORNELIA.— Despídete de misiá Zoila y dale las gracias, te va a enviar algunas cositas.

AGAR.—(Aparte). Que no haga tal el mamarracho ese de vieja porque César sería capaz de asesinarla.

CORNELIA.— Orgullosa y pobre ¿eh? ¡Qué calamidad! No seas tonta, Agar.

ABEL.— (Va hacia la puerta y llama) Teresa, dígale a la niñera que venga por el niño de Agar.

AGAR.— No tiene niñera; eso queda para los ricos como tú. Yo cuido de mi hijo y lo cargo con orgullo. Vuestras mujeres no toman en brazos a los hijos de los hombres con dinero pero sí cargan a sus falderillos.

CORNELIA.— Está embrujada, ¡pobre muchacha! La culpa la tiene la poesía, la bohemia.

AGAR.— ¿La culpa? Esa la tiene el terror de existir balanceándose sobre el abismo de la inseguridad y del crimen.

(Afuera se oyen gritos y tumulto).

ABEL.— (Asomándose a la ventana) Ahí van vuestros **camaradas**.... apelotonados, revolcándose gritando con el grito de odio de la envidia. Reúnete con ellos, ahí te sentirás mejor que entre nosotros.

AGAR.— Sí, con ellos, con ellos que son mis padres, hermanos, amigos, **camaradas**, con ellos, "con los esclavos sin pan, con los pobres del mundo. "Aquí está mi hijo (lo levanta en alto) es todo cuanto poseo, les pertenecerá hasta la victoria.

(Sale ante la expectación de todos).

W. DE R.

Las Artes Plásticas...

libre y alegre de vivir, fuerte expresión de la nueva generación Soviética, escultura de una simplicidad de medios digna de los grandes Maestros de todos los tiempos; aquí ya no le quedan a la Lebedieva ningún resto del impresionismo, es ya una coincidencia con el moderno-clásico francés Maillol, con sus formas plenas, llegando a prescindir sabiamente de todo detalle superfluo. Representando solamente lo esencial, según la fórmula de Ingres. Es una gran obra realista, en la que su autor demuestra que se ha asimilado definitivamente el Arte Clásico y también el moderno, llegando a esta síntesis actual que es el Realismo Socialista. En fin, que esta figura, repetimos, es la representación genuina de la actual muchacha Soviética, nos la figuramos realizada en bronce y colocada al aire libre, en la seguridad de que será de un aspecto magnífico.

No podemos dejar de citar al toro de chapa metálica recortada y doblada, por la importancia teórico-práctica que significa.

Por último, reseñamos que las paredes de la Exposición están llenas de magníficos dibujos, demostrativos del conocimiento de la forma que tiene la artista.

Es una gran escultora Soviética, con cuya obra se puede contar en demostración de la nueva cultura de la Unión Soviética.

En que consiste el problema de la Leche, en cuanto atañe a la CENTRAL DE LECHE CHILE S. A. por Arturo Peralta de la F:

Existe en Chile un problema de la leche, que es en síntesis un consumo por cabeza de este elemento primordial inferior a lo que debiera ser, menos de un tercio del consumo por habitante que tienen para no citar sino a países limítrofes prácticamente, Argentina, Uruguay y Paraguay.

Este problema es a la vez uno de consumo de poder adquisitivo del dinero, del poder de compra del público y sobre todo uno de conocimiento. El público no sabe todavía que el valor real de la leche como alimento protector y básico es superior a su valor en dinero, cuando se le compara con el valor real que tienen a los precios que se pagan por ellos, la mayoría de los alimentos.

La solución de este problema que es de grandes alcances, es de la esfera de la acción gubernamental. No corresponde ni puede corresponder a la Central de Leche, que es tan sólo uno de los organismos en unas pocas de las ciudades de Chile que comercian con este producto.

Pero la Central tiene su problema económico particular que tampoco está en situación de resolver por sí sola, sin la cooperación del Estado, porque las causas que actúan en hacer de la leche un problema en Chile, actúan igualmente en Santiago añadiéndose en este caso, como origen del déficit económico, la divergencia que existe entre la forma como se produce la leche y las modalidades de su consumo.

La producción lechera de la zona de abastecimiento de Santiago, continúa teniendo un carácter extremado de discontinuidad en cantidad. La producción invernal es relativamente pequeña, más o menos el 65 % de la producción estival, y la demanda es a la inversa: mayor en invierno que en verano.

Como lo expresa muy bien el señor Alejandro Tisly al hablar de él, en su artículo de hoy, la producción de las vacas y las necesidades del público, andan con el paso cambiado.

De aquí se origina defecto de leche en el invierno y sobrante de leche en el verano.

En números redondos, se tiene que a una producción de 100 litros durante el verano, corresponde una producción de 65 litros más o menos durante el invierno y a un consumo de 100 en el invierno corresponde un consumo de 80 en el verano.

A causa del menor consumo de leche durante el verano y de la mayor producción en esta época se origina un sobrante de leche, que no se puede consumir en su forma líquida y que hay que industrializar. La Central no puede por falta de maquinaria especial para el objeto, ni hacer leche seca ni leche condensada del sobrante, en cuyas formas, podría entregar al menos una buena parte de él, al consumo, durante el invierno. Debe por lo tanto industrializar, para poder disponer de ella en forma de mantequilla o de queso y algunos subproductos de escaso valor. o de relativo valor pero escaso volumen de consumo, como yoghourt, caseína, leche desecada, descremada, helados, etc.

Ahora bien, el precio de estos artículos en el comercio al detalle es mucho menor que el valor de compra de la leche de que proceden y por lo tanto se tienen que industrializar esos sobrantes a pérdida.

Esta pérdida es la que se necesita financiar en alguna forma para permitir que sin elevar el precio de la leche líquida indebidamente quede cubierto el déficit.

Las cifras ilustrativas que pueden aclarar para el público los datos de este problema son las siguientes:

El valor de compra de la leche a partir del 1.o de octubre y hasta el 1.o de abril pmo. es de 45,40 pesos el kilo de materia grasa por litro. El valor que resulta para el litro es aproximadamente 1,545 pesos. Ahora bien, todo el público sabe que el kilo de mantequilla representa al menos 25 litros de leche. El kilo de queso sale de 10 a 12 litros de leche, según la clase. Por consiguiente el precio que se paga por el kilo de mantequilla o de queso al productor de leche es:

En el caso de la mantequilla 25 x $ 1,545, $ 38,625 y en el caso del queso 11 x $ 1,545, $ 16,995. En ambos casos el precio indicado es por el artículo en forma de leche; por lo tanto es necesario añadirle el costo de su elaboración.

El precio de la venta de estos artículos es variable. Para el caso de la mantequilla, se ha fijado por el Comisariato en $ 28.00 el precio de su venta al détalle, lo que representa venderla al por mayor a un precio no superior a $ 24,00 más o menis. El precio del queso es aun más variable que el de la mantequilla y puede oscilar entre $ 10 a $ 18 el kilo al por mayor.

La simple lectura de estas cifras fácilmente comprobables por el público en el comercio, señala el origen de la pérdida.

Esta pérdida referida al litro de leche, que se consume por el público de Santiago y que recibe la Central, representaría para su financiación el elevar el precio de su venta al mismo público en VEINTE centavos, lo que no se ha hecho. Por lo tanto el ingreso de ese déficit a la Caja de la Central debe venir de algún otro origen, o de lo contrario, la pérdida es imposible de eliminar.

"MULTITUD" Y SUS AMIGOS

Calle Alhumada, Martes 14, a la una de la tarde.

Tomás Lago está doblado en cuatro, frente a un puesto de diarios, a la entrada del Pasaje Matte, y lee la revista "Multitud". Se le cansa la vista y le dice al puestero, que es cieguecito:

—Véndame un ejemplar de "Multitud".

—Aquí tiene, señor. También me quedan ejemplares atrasados.

—¡Magnífico! Aquí tiene dos pesos. Véndame otro número.

¡Tanto que me gusta esta revista!

Tomás Lago desaparece por el foro, haciendo elogios mentales de la revista.

Entrevistado el cieguecito, resultó ser tío de Carlos Poblete, el antologista.

Información de Cagliostro

$1 **"MULTITUD"** $1

Director - Gerente: **PABLO DE ROKHA**
Secretaria de Redacción: **WINETT DE ROKHA**
Casilla 9837, Santiago de Chile — Teléfono 17, La Cisterna

MI DANKAS LA INTERESANGO — GRADISCO IL CAMBIO — JE PRE L'ECHANGE. — AGRADECO O CAMBIO— I BEG FOR ECHANGE — AUSTAUSCH ERWUENSCHT — AGRADEZCO EL CANJE

Subscripción: $ 50.00 anuales — Extranjero: 2 Dólares — "MULTITUD" circula en todo el mundo.